

LA BANDERA REGIONAL

SEMENARIO TRADICIONALISTA

ADMINISTRACIÓN:

Calle de Aragón, núm. 252 - (Junto á la Rambla de Cataluña)

DESPACHO: De 9 á 12 y de 3 á 7

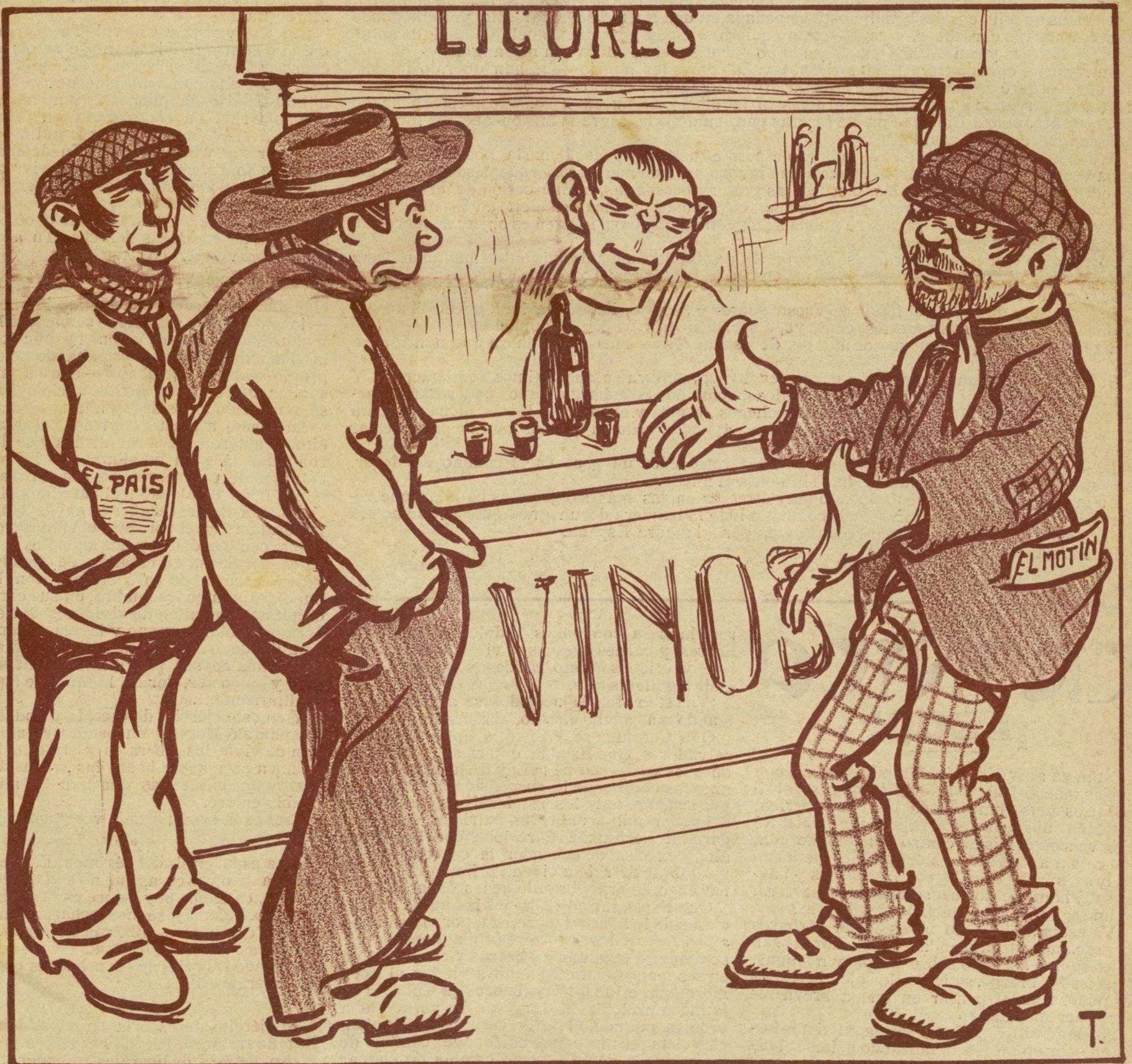
SUSCRIPCIÓN:

Un año. 6 Ptas. ♦ Seis meses. 3 Ptas.

Cada número, 10 céntimos

Tip. Lit. Fiol y C. - Pasaje San José

PUES... ¡NÁA!



—Derribamos al «tirano» y subió el otro y... ¡ya está!

Mas ni tu, ni yo, ni el Patata ¿qué hemos ganado? Pues... ¡náa!

A MIS LEALES

Por primera vez, desde hace casi un siglo, el día de hoy, fausto entre todos los del año para la familia carlista, se convierte para ella en fecha luctuosa. Apenas hay un templo en España donde no se hayan congregado muchedumbres a rogar por el alma de mi Padre. Gracias por esas plegarias. Ellas prueban que vuestro amor no cabe en la vida presente; pasa por la oración sobre el sepulcro y se dilata hasta el cielo. Hoy con más fervor que nunca los corazones de todos los españoles dignos de este nombre están juntamente con el mío, en la Catedral de Tieste, El Escorial del Destierro, velando el túmulo que guarda los restos de Aquel que todos lloramos por igual, pues de todos fué Rey y Padre.

No quiero que en fecha tan memorable os falte una palabra mía de aliento, y escojo este día tan señalado para dirigirme a vosotros.

Poco os diré, y poco necesito deciros. Si Dios ha llamado á Sí al Augusto centinela que custodiaba el sagrado depósito de las tradiciones patrias, el puesto que con tanto honor supo llenar durante cuarenta años no queda vacío. Yo vengo á relevarle.

Recogiendo con piedad filial su herencia, tan gloriosa como abrumadora, asumo lo mismo sus derechos que sus obligaciones, sus ideas que sus sentimientos y sus amores. No digo sus odios, porque su corazón, igual que el mío, no los conoció jamás.

Podría, en rigor, excusarme de dirigiros un Manifiesto, porque hago míos todos los suyos y todos los suscribo desde la carta á mi amadísimo Tío, el Infante Don Alfonso, hasta las afirmaciones religiosas y patrióticas de su Testamento político.

Identificado con los principios mantenidos en aquellos inmortales documentos, siento, sin embargo, la necesidad de comentarlos y de desarrollarlos hasta sus últimas consecuencias. Así lo haré, pero no en los momentos actuales.

Mi espíritu, como el de todos vosotros, no está solamente en España, sino al otro lado del Estrecho. Allí ondea la bandera amarilla y roja, que fué el culto de toda mi vida; la misma que dió sombra á mi camarote al surcar los mares más apartados; la misma que flotaba sobre mi tienda de campaña, en las vastas soledades asiáticas, donde tantas veces la saludó la metralla.

Mientras aquella enseña bendita esté empeñada en una guerra nacional, sólo por ella deben palpar nuestros corazones, y yo no soy, no quiero ser más que un español que la sigue anhelante con los ojos y con el alma, deplorando no poder servirla ahora con mi sangre.

Unicamente cuando tremole victoriosa, lavadas todas las injurias que han querido inferir se le, me acordaré de que tengo que cumplir otros ineludibles deberes, impuestos por mi nacimiento. Aguardando aquel día que, gracias al heroísmo de nuestros soldados, espero ha de brillar pronto, pido á Dios que me dé fuerzas para cumplir la sagrada misión que me incumbe desde la muerte de mi amado Padre.

Ardua es, cual ninguna, bien lo sé, pero espero firmemente poder llenarla, porque á ello me ayudará el concurso de todos los buenos, que invoco ardientemente, y porque desde el cielo me obtendrá del Dispensador de toda merced, las gracias necesarias, la intercesión de mi inolvidable Madre, aquella Reina ejemplar y dulcísima, cuya muerte prematura dejó en España, en la Causa y en mi familia, un vacío que nunca se ha colmado, y cuya imagen es objeto de merecida y justa veneración en todo hogar carlista.

Fortalecido con estas esperanzas, he prometido sobre la tumba de mi Padre mantener hasta la muerte esta divisa caballeresca de una dinastía de proscritos: Todo por Dios, por la Patria y por el Honor.

Seguro estoy de que en el fondo de vuestro corazón, santuario de la lealtad, hacéis el mismo juramento y que estáis dispuestos, como yo, á sacrificar la vida para cumplirlo.

Este juramento, que renovamos á la faz de España, es más necesario ahora que nunca para servirla.

El orden social, tan quebrantado por la revolución, pelagra en sus últimos fundamentos. Y no tanto por el empuje de las turbas anárquicas, como por la cobardía de los poderes que pactan con ellas, para salvar entregándose en rehenes, la vida y el interés. En la lucha violenta que se acerca entre la civilización y la barbarie, á nadie cedo el primer puesto para pelear en la vanguardia por la sociedad y por la Patria.

Jamás el temor á las iras terroristas me hará retroceder un paso en el camino del deber. Soy español, y en mi programa no hay sitio para el miedo.

La muerte y yo nos hemos saludado muy de cerca en las más sangrientas batallas que recuerda la historia moderna. Entonces combatía bajo la bandera de un gran pueblo que no era el mío y no vacilé. Mejor sabré ofrecer la vida por mi madre España.

Frohsdorf, Noviembre 1909.

JAIME.

sin libertad, de los demócratas sin democracia, de los revolucionarios sin revolución, de los sabios sin satiduría, de los médicos sin medicina, pero con sangradores, eso sí, con sangradores.

Ya están allí....

Y allí han llegado por caminos sembrados de porquería, por parajes cuyo ambiente es asco y desvergüenza.

Vedles desnudos, tales cuáles son.

¿Cómo se ha desarrollado esta crisis asquerosa, que ha sido puente para esos políticos *virgenes y populares*?

Ha habido crisis vergonzosas. Ha habido crisis por haberse sublevado 20 sargentos. Ha habido crisis — crisis de gobiernos liberales — por quedar ahogado todo un gabinete por la atmósfera pesilente de irregularidades y ruindades. Ha habido crisis, por haber una camarilla de palaciegos puesto el *veto* á un ministro. Ha habido crisis — como la del automóvil — por un capricho airado de altísimas personalidades. Ha habido la crisis vergonzosa del *papelito* en que cuatro compinches — Moret piloto — llevaban al Monarca una cartita diciéndole que ó les daba el poder, para saciar su hambre, ó se pasaban á la República....

Pero ¿qué son estas crisis, comparadas con la crisis actual del *trust* hambriento — también Moret piloto? —

¡La Cierva! ¡La Cierva! Tú formaste un ejército contra ti mismo, no sé si obrando inconsciente, no sé si obrando valiente. Tú uniste en apurada haz á mil taberneros con cinco mil tabernarios, á quienes el vino mueve y el alcohol irrita. Tú congregaste en montón estrecho á cien empresarios y á mil *empresarios* y coristas y comediantes. Tú defendiste la oreja de Jorge, irritando á cien vividores del juego y á mil sujestionados jugadores. Tú alineaste las filas de *cocottes y demi-mondaines* y de sátiros y celestinas, formando otro grupo apretado de enemigos feroces. Tú airaste al socialista vividor con tus leyes protectoras del pobre; y airaste también al patrono explotador, con tus intolerancias sobre la explotación del menor de edad y de la mujer. Tú — inconsciente ó gigante — sembraste hambre y odios y necesidades y penas y dificultades en la viña exhausta del *trust*, abandonando á su propio trabajo — ¡trabajo? — á esos farsantes enanos, que con sus gritos vacíos y ridículos se han creído amos de España.

Tú mismo armaste, contra ti, el gran ejército. Y afilaron todos sus armas y se dispusieron á dar la gran batalla.... ¿No les veis? El batallón de taberneros, porrón en mano y la panza llena de alcohol; el batallón del género chico, con la desvergüenza en los labios y la inmoralidad en el corazón; el batallón de jugadores, con los dados y los suicidios y los jornales perdidos; el batallón de hembras en venta, escoria de la sociedad, con los ojos hundidos y la podredumbre en sus carnes decrépitas; el batallón de vividores socialistas y ácratas, puñal en mano y la tea encendida; el batallón de trusteros escualidos, difamadores de España en sus papelotes, cesantes en cobrar y en comer, flor de la farsa de aquel Madrid farsante....

Y en este ejército de escoria y podredumbre se apuntaló Moret y en este ambiente pútrido han de vivir los liberales y de eso hicieron palanca para subir hasta las gradas del trono y atrapar las riendas que han de ahogar al pueblo entero.

Esta es la crisis; esta la vergüenza.

Esta es la crisis del régimen. Esta es la vergüenza de otras cosas que no son el régimen.

Pero, callemos hoy, sobre esto. Hablaremos otro día. Además, se nos echarían encima, al hablar claro, estos liberales *européos*, denunciándonos al son de libertad, pero — ¡esto sí! — alegrando las rejas de las prisiones con canciones liberalescas....

El ejército de escoria ha ganado la batalla. Batalla traidora, batalla asquerosa.

¿No, decís? Los liberales al poder... los teatros han cerrado á las dos de la madrugada. Los liberales arriba... las tabernas daban de balde un trago á todo transeunte. Los liberales

CRÓNICA ¡ASCO!

Están ya allí ¿Los veis saltando de gozo, con danzas macábicas, á los antropófagos políticos? ¿Los veis como echan las patas arriba, haciendo cabriolas de salvaje contentamiento? ¿Los veis en el mismo centro de la olla dorada, que calientan los sudores del pueblo, metiendo los brazos hasta el codo, con los mareos y náuseas del hambriento que, saturadas de hartura, en un segundo, abre sus fauces sedientas?

¡Ya están allí! Como invasión de bárbaros han escalado las prebendas. Como hordas salvajes se han abocado sobre cargos y nóminas, abiertos los brazos, salientes los ojos, cerrados los puños sólo al pensar en que la breva les puede ser disputada.

Ya están allí, alrededor de la víctima, formando coro pintoresco, lanzando gritos selváticos, dándose las manos harapientas por el ayuno, danzando alrededor del moribundo la danza macábrica del muerto de hambre ante el palacio encantado en que de repente apa-

rece la mesa con pollos y dulces, y humos y licores, y carnes frescas y vinos embriagadores, y criados aristocráticos y mujeres más embriagadoras aún.

¡Ya están allí...! Que todos se agrupen, formando más ancho círculo, al rededor del suyo.

Que Cataluña se prepare á aplaudir á sus salvadores. Que España entera salte de gozo ante los *demócratas* de la Ley de Jurisdicciones, ante los *liberales* de la suspensión de garantías por sistema, ante los izquierdistas aduladores del poder militar, ante los patriotas que mandaron á Lerroux á Barcelona con la misión alta y excelsa de encender la cuestión social y sembrar de sal la ciudad primera del Mediterráneo, honra y orgullo de las Españas.

Que España, remozada por las auras benéficas de la libertad moretista, por el ambiente *saturador* de los «trusteros» mangoneadores, comience á levantar los brazos y echar saliva en sus manos, para aplaudir á rabiarse al coro moretista, el de las vergüenzas de Cuba, el de la indemnización Mora, el de la yernocracia crónica y aguda, el de la verborrea estúpida, el veleta siempre movedizo que cambia de pensar cada dos días y no cambia de chupar en las entrañas del pueblo.

Que toda el hampa extranjera asista regocijada á la comedia liberalesca, de los liberales

arriba... *El País* recuerda sus concomitancias con las casas de juego. Los liberales arriba... y las prostitutas garbean en plena noche y en pleno día, sus atractivos. Los liberales arriba... y el *trust* come, con Gasset de *El Imparcial*, en un ministerio; con Francos Rodríguez, de *El Herald*, en una dirección general; con López Ballesteros, de *El Liberal*, en otra dirección general; con Burell, de *El Imparcial*, en una subsecretaría; con Riu, también del *trust*, en otra subsecretaría; con el fondo de los reptiles abierto y mil empleos de segundo orden para los periodistas, pulpo de mil tentáculos hambrientos sobre el estómago del infeliz pueblo español...

**

Esa es la crisis. ¡No tembléis, frailes! No durmáis intranquilos, Obispos! ¡No te asustes, Clero!

¿Democracia? ¿Libertad? ¿Reducción de Diócesis? ¿Anarquistas indultados?... ¿Quién piensa en todo esto?

Y el «trust» hallará magnífico lo que haga Moret — lo malo que hacía Maura — por la sencilla razón de que el «trust» ahora come y en la taberna se bebe y la mujerzuela domina, y la bailaora levanta las piernas y la escoria vegeta en la podredumbre glorificada...

Por la sencilla razón de que ellos están ya allí.

**

Sí. Ya están allí.

¿Los veis saltando de gozo, con danzas macábricas, a los antropófagos políticos? ¿Los veis como echan las patas arriba, haciendo cabriolas de salvaje contentamiento? ¿Los veis en el mismo centro de la olla dorada, que calientan los sudores del pueblo, metiendo los brazos hasta el codo, con los mareos y náuseas del hambriento que, saturadas de hartura, en un segundo, abre sus fauces sedientas?

¡Ya están allí! Como invasión de bárbaros han escalado las prebendas. Como hordas salvajes se han abocado sobre cargos y nóminas, abiertos los brazos, salientes los ojos, cerrados los puños sólo al pensar en que la breva les puede ser disputada.

Ya están allí, alrededor de la víctima, formando coro pintoresco, lanzando gritos selváticos, dándose las manos harapientas por el ayuno, danzando alrededor del moribundo la danza macábrica del muerto de hambre ante el palacio encantado en que de repente aparece la mesa con pollos y dulces, y humos y licores, y carnes frescas y vinos embriagadores, y criados aristocráticos y mujeres más embriagadoras aún.

¡Ya están allí...!

R.

Programa Carlista demostrado Segunda Parte

XXIII

El Ideal personal y el Programa Político

Has oído hablar de ideales: ideal de un pueblo, ideal de un partido, ideal de una escuela, ideal de un joven, ideal de un niño, ideal de una empresa. Oíste hablar también de programas: programas de congresos, programas de conferencias.

Ideal, en esta vulgar acepción, vale tanto como el «summum de la perfección que se propone uno ó una colectividad, en algún asunto determinado.» Es la cima á donde quiere arribar, la meta última á que aspira subir, el patrón y modelo de cuanto hará.

Programa, también en esta acepción popular, equivale á índice de materias, caudal ordenado de cosas á tratar, conjunto de cuestiones, guía, bandera.

Tú — aunque no te des cuenta de ello — tienes tu ideal, tu aspiración. En Religión, en regionalismo, en formas de gobierno, en contribuciones, en todo, tú quisieras esto ó aquello, así ó así; opinión tuya, propia, quizás, pero las más de las veces, de otro ó otros, pero que tú has hecho tuya. Ese es tu ideal.

También tienen su ideal tus amigos, tus vecinos, las entidades, las corporaciones, los partidos. Todos quieren, aspiran á reformas, desean, luchan por algo: es su ideal.

Los ideales son muy hermosos: sólo los irracionales y los indiferentes no los tienen.

Programas ya no los tienen todos, á pesar de que son la concreción de los ideales, el camino de las aspiraciones, los sueños del corazón hechos carne y palpables. Sólo los tienen los soñadores y los activos. Los

primeros los tienen para adorarlos estérilmente; los segundos los tienen para sacarlos triunfantes.

Examinemos ideales y programas.

UN ESTUDIANTE

POLITICAS

TONTOS DE CAPIROTE

A raíz de los sucesos de Julio, todo el mundo ha reconocido que las escuelas y la educación eran la causa madre de todo lo bueno, las escuelas buenas; de lo malo, las escuelas malas.

Y todo corazón católico se desgañó contra las escuelas ateas, y se entusiasmó por la educación cristiana.

Naturalmente.

Pero lo bueno es la segunda parte. Nosotros hemos echado las campanas al vuelo sobre el Congreso Pedagógico que se va á celebrar en Barcelona dentro de 5 ó 6 semanas. Hemos dicho que se discutirán cosas católicas, quizás el laicismo mismo; que las decisiones de este Congreso tendrán una importancia grande, pues no se ha celebrado otro en Cataluña desde 1888.

Y como si nada. Los diarios católicos no se han enterado. Los semanarios, menos. Los círculos católicos, tampoco. Los sacerdotes, apenas media docena. De los carlistas, una docena de amigos que están con nosotros... y se acabó.

Y los laicos tienen ya más de 300 socios alistados...

Naturalmente, también.

Eso es, naturalmente.

Porque tan natural es en los católicos gritar contra la escuela laica, como no hacer nada para echarla de entre nosotros. Tan natural entusiasmarse de boca por la educación cristiana, como no hacer nada real para tenerla.

Y vendrá el Congreso. Y se votará lo que piense la mayoría. Y se votará, así, la enseñanza atea y la inutilidad pedagógica de la Religión...

Y esos diarios, y esos semanarios, y esos católicos, pondrán el grito en el cielo, porque sucede «lo que ellos han querido que sucediese.»

No en vano, muchas veces, pinta á los católicos la prensa ímpia con mucha lana en el cogote.

¡Si somos tontos de capirote!

REBEC.

Reinado del sofisma

La historia, maestra de la vida, como la llama uno de nuestros clásicos, encierra enseñanzas terribles, enseñanzas que se renuevan de vez en cuando pues los hombres las olvidan con suma facilidad distraídos en sus meditaciones por futilidades pasajeras.

Cuando los turcos, al mando de Mohometo II amenazaban á Constantinopla con ejército veterano de más de 300 000 hombres, al ver los cismáticos griegos entre los soldados que el Occidente enviaba en su defensa al legado pontificio, olvidando el peligro que les amenazaba y renovando sus disquisiciones sofísticas, llegaron en su despecho á exclamar: Preferimos el turban turco al capelo del cardenal. Sus deseos fueron cumplidos: después que la sangre corría á torrentes por calles y plazas; después que sus bibliotecas y museos fueron pasto del incendio; después que Mahometo penetró á caballo en el templo de Santa Sofía, estampando su mano ensangrentada en sus adorados pilares, después que más de 10 000 cristianos fueron llevados cautivos, Constantinopla no ha vuelto á ver ningún legado n. se han vuelto á renovar las disputas quiméricas que aun llevan el nombre de aquel imperio decadente.

Algo semejante nos toca contemplar ahora. Hemos sentido trepidar el suelo que nos sostiene y, alumbrados por rojizas llamaradas, hemos contemplado escenas canibalescas que hacen envidiables las selvas africanas; oímos el rumor de los bárbaros que se aproximan para entrar á saco en esta civilización sensualista y femenil, y lejos de aprestarnos al combate para defendernos y defender á la sociedad de la muerte y de la ruina; lejos de combatir las causas productoras de las pasadas catástrofes, sombra solamente de las que se aproximan. Los políticos se preocupan de disputas casuísticas y hoy es Ugarte que afirma la inviolabilidad de las libertades de perdición, fuente de tantos males; mañana son Azzati, Soriano y Compañía que defienden al hombre nefasto que empleó su vida y sus bienes en minar la sociedad y preparar horribles hecatombes; luego viene Moret, el político fracasado en el gran desastre, la veleta gubernamental, el hombre más falto de carácter, que solicita guiar la nave del Estado en tan desecha tormenta y á través de las minas flotantes y subterráneas que amenazan sumergirla en horripilante abismo.

Y mientras tanto, la masa general que ve amenazada su vida y su hacienda ¿qué hace? ¿de qué se preocupa? ¿Qué ha de hacer, ni de qué se ha de preocupar? De divertirse unos, apurando el placer en las formas más refinadas que le ofrecen los modernos adelantos y libertades; los otros, los católicos, los honrados, en darse golpes de pecho, en enviar al cielo súplicas sin salir de su retraimiento y tranquilidad beatífica, olvidando aquel refrán de «á Dios rogando y con el mazo dando»; olvidando que hay momentos en la historia en que la lucha se impone como suprema necesidad, so pena de caer aplastados bajo la planta ominosa de la revolución.

¿Seremos nosotros, los carlistas, de esta última categoría? En general, no; pero ¿cuántos hay que se llaman carlistas y que permanecen cruzados de brazos sin hacer el menor esfuerzo para librar á la patria chica y á la grande de los males que se van desencadenando en su seno?

Los instantes son críticos. En la desecha tormenta por la que atravesamos, la única esperanza de salvación está en el partido carlista y en su augusto Jefe.

Pues bien, si por culpa nuestra se desvaneciese esta esperanza; si por nuestra pereza y debilidad triunfase la revolución por completo, alejando para siempre á España del puerto seguro donde se salve y repare las fuerzas perdidas ¡cuál no sería nuestra responsabilidad! Y ¡cómo nos trataría el divino Juez al presentarnos en su presencia!

Y en cuanto á vosotros, católicos no carlistas ó anticarlistas, reflexionad un momento y mirad la situación de España y si, libres vuestros ojos del velo de los prejuicios y á la luz que proyectan las luminarias anarquistas, comprendéis que solo en un régimen antiliberal y tradicionalista, vigoroso y paternal, está la salvación de España; dad al olvido las pasadas diferencias y agrupaos en torno de la bandera netamente española que enarbola un Joven católico y valeroso, tres veces arrancado por milagro de las garras de la muerte.

A luchar todos, en la Prensa, en el mitin, en la asociación; con la palabra, con la pluma, con la limosna, con la plegaria, en el templo, en el ateneo, en la sociedad obrera, en las reuniones; y cuando suene la hora providencial, unidos todos aplastemos la cabeza del maldito liberalismo que á tal grado de prostración nos ha conducido y tantas ruinas y escombros ha amontonado.

SERRA Y SORIA.

DIOS Y EL HACHA

Fábula

Un árbol perezoso
Vió venir hacia él cierta mañana
A un tipo sospechoso
Armadito con un hacha soberana.
—A juzgar por la facha y el pelaje,
Este artista furtivo
Exclamó el árbol; me destroza vivo,
Y carga con el tronco y el ramaje.»
Y sobraba en efecto
Razón para temer este proyecto,
Pues quien así trepaba por la peña
No llevaba otro fin que el hacer leña.
—Pobre de mí, decía
El árbol cuando vió que se acercaba
Y el hacha requeria,
Me parte sin remedio, me destroza.
Con ese pecho que salud reboza
Y esas fuerzas heroúeas y esa hacha
Me deja en dos por tres hecho una hilacha.»
Y comenzó la danza
Y del primer golpazo
Saltó un brazo y después el otro brazo,
Y una rama tras otra iban cayendo
Y el árbol mal herido iba sangrando.
Entonces maldiciendo
De esta suerte gritaba murmurando:
¿Dónde está ¡oh Providencia!
Tu imponderable ciencia?
¿Dónde tu proverbial sabiduría?
Cuando darte podría
Opimos frutos de sabroso jugo
¿Consientes me desmoche este verdugo?
En esto un golpe hizo saltar un cacho
Que hirió en la mano al leñador:

—¡Mecacho!

Dijo este arrojando el instrumento.
Esto es lo que más siento
Pues me deja á mitad de la faena
Más ¿qué vamos á hacer? Sufrir la pena.»
Al estío siguiente
Por cada herida en el arbusto abierta
Brotaba ya una rama floreciente
En lugar de una rama medio muerta.
Después maduró el fruto
Y el árbol conoció que era muy bruto.

Hoy la Iglesia de Cristo combatida
Sufre el golpe del hacha destructora!
La ignorancia afligida
Se desalienta y llora
Sin comprender que llegará el estío
Y brotarán las ramas y las flores
De cada golpe que asestó el impío.

A. C.



ENTRE TINIEBLAS

—¿Es decir que he de vivir condenada á noche eterna?

¡Un rayo de luz, por Dios que disipe esas tinieblas!

T.

RÁPIDAS

El acabóse

Es tan solapada y traidora la manera de proceder de los liberales para con la Religión y la España católica, que es de todo punto inútil esperar de ellos nada bueno, ni siquiera mediano. Iremos cada vez peor, dando nuestros gobernantes tal cual media vuelta á la derecha á fin de aparentar, ó que no son malas sus intenciones, ó que la nación no está aún preparada para consentir sigan adelante con sus alardes revolucionarios; pero la experiencia nos dice que no hay que fiarse; que sus intenciones son de todo punto satánicas y que hasta en sus mismas demostraciones de temor ó escrúpulo hay encerrado un fondo de malicia y raposaría, capaces de ilusionar y desorientar á cualquiera que no esté muy sobre sí.

Y en verdad que no son pocos los ilusionados y desorientados. No fueron pocos los que al ver la valiente y digna actitud de nuestro episcopado contra la ley del concubinato, debida á Romanones, se creyeron que éste y todos sus congéneres se habían estremecido de espanto, y se habían persuadido de que siguiendo por este camino, la nación entera se les venía encima, empuñando la espada de la venganza contra todo el que intentara mudar punto ni coma de su credo ni de sus tradiciones católicas, apostólicas y romanas.

¡Vanísima ilusión! Detrás de la ley de amancebados vino la del juramento, ó mejor dicho, la de la *promesa* en los tribunales, y la de Asociaciones; detrás irán viniendo todas las que les dé la real gana á nuestros reales masones y libertarios, empeñados en arrancar del pueblo la fe de Jesucristo. Y hoy una y mañana otra, todas irán quedando enlazadas con carácter legal en la trama diabólica inventada por los enemigos de la Cruz para desecristianizar á España.

No esperemos, pues, enmienda ni en los políticos liberales ni en la política liberal. Las cosas seguirán de mal en peor, hasta que *el hombre que se necesita*, venga en nombre de Dios á traer la paz perdida y á hundir en los abismos de la nada la pujanza y el orgullo del mil veces maldito liberalismo.

SILVIO

La Palabra de Dios

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura». Si nuestra fe no nos diese plena certeza de estas palabras que brotaron de los labios de la divina sabiduría humanada, la experiencia nos demostraría su verdad, con la elocuencia contundente de hechos que quedaron grabados en la memoria de todos con rojizos resplandores y pasarán á la historia esculpidos con acero y dibujados con sangre.

«Pasarán los cielos y la tierra—dijo Jesucristo;—pero mis palabras no pasarán». El hombre, no obstante, abstraída su mente con preocupaciones sin fin que eslabonándose unas con otras absorben toda su existencia; ocupado casi exclusivamente en atenciones, perentorias unas veces por referirse á la satisfacción de sus necesidades, halagadoras otras para su orgullo y sensualidad, pone en olvido las palabras divinas y llega á veces, en su orgullo pueril, á considerarlas necias ó inútiles; pero más pronto ó más tarde, espantoso cataclismo las vuelve á poner ante su vista con el fatídico fulgor que grabó en Babilonia el *Mane, Tacel, Fhares*, que anunció á Baltasar la ruina de su imperio.

Luctuosos acontecimientos, después de sembrar en Barcelona escombros humeantes salpicados con sangre, han impresionado vivamente los ánimos, paralizándose por un momento la humana ligereza para fijar su atención en el problema pavoroso que entraña tan espantoso acontecimiento. Pocos, sin embargo, fuera de aquellos que ven las cosas humanas alumbrados con la divina luz del Evangelio, han llegado hasta el fondo de asunto tan importante y en cierto modo sencillo, porque los prejuicios de escuela y un cierto temor al conocimiento pleno de la verdad les han impedido.

Dejemos á los radicales y doctrinarios, primera causa eficiente de los males que deploramos, y pasemos á otros más próximos á nuestro campo. En uno de los números anteriores combatía LA BANDERA REGIONAL algunas afirmaciones del manifiesto de «La Lliga», manifiesto en que se palpa lo dicho anteriormente, ya que en el examen de las causas y en los remedios que proponen los autores, no se atreven á declarar la verdad con leal y completa franqueza.

Recuerdo que paseándome un día por esta ciudad con un regionalista acérrimo, me dijo estas palabras: «Con tal que Cataluña sea feliz y próspera, todo lo demás me importa un bledo». No digo yo que todos los regionalistas piensen así; pero sí diré que en su programa la prosperidad material es lo que casi exclusivamente se busca, y en la reconstitución de la antigua nacionalidad catalana se trabaja con ardor en resucitar la lengua catalana, la autonomía catalana y hasta la sardana catala-

na, y se deja en secundario lugar el espíritu religioso, que fué el alma de Cataluña, sin el cual no tendrían explicación las hazañas que entretejen su maravillosa historia.

Se ha buscado hermosear y enriquecer á Barcelona; se ha derramado á manos llenas el dinero para declarar guerra sin tregua al centralismo y algunos, para conseguirlo, no han titubeado en sembrar odios agresivos contra personas y lugares que ninguna culpa tienen de los males que se combatían, y se ha dejado crecer la irreligión é inmoralidad en proporciones gigantescas, sin parar mientes en que, sin religión y sin moral, aún obteniendo todos y cada uno de los anhelos autonomistas, nada se conseguiría, porque terminado el edificio á tanta costa levantado, estallaría la mina cargada con tantos y tan terribles explosivos, reduciéndolo todo á pavesas impalpables.

No, señores; para la salvación de Barcelona, para la salvación de Cataluña, para la salvación de España no basta con tomar uno de los tres lemas de nuestra bandera tradicional. Los tres han entretejido la historia de España; los tres levantaron á nuestra nación á la gloria esplendorosa que envidiaron las demás; los tres la regeneraron después de las más espantosas catástrofes, y solamente los tres podrán salvarla del abismo tenebroso que se abre ante sus plantas.

S.

Velada Necrológica

El homenaje que los carlistas tributaron el sábado al que fué gran Caudillo de la España tradicional, fué un acto sublime, esperanzador.

A las nueve de la noche era ya imposible dar un paso en los salones espaciosos del Círculo Tradicionalista. La multitud congregada era numerosísima, incontable.

El entusiasmo crecía como torbellino imponente que avasallaba los corazones. Todos esperaban con ansia indescriptible ver los esplendores del homenaje póstumo que los tradicionalistas de Barcelona tributaban á la memoria de su llorado Caudillo.

El salón de actos estaba adornado espléndidamente, artísticamente, como jamás lo habíamos visto, por lo que merece la Junta una expresiva y merecida felicitación.

Presidió el acto el señor Jefe regional don José Erasmo de Janer, quien tenía á su derecha al diputado á Cortes por Vich, señor Junyent, al presidente del Círculo Tradicionalista señor Vives, y al secretario señor Viza, y á su izquierda al general don Emilio Martínez Vallejos, al presidente de la Juventud Carlista, don Bartolomé Trías, y al diputado á Cortes por Berga, don Mariano Bordas.

Ocupaban también sitio en ellas los diputados provinciales señores Argemí y Pericas y el veterano general carlista señor Sabater.

Un quinteto ejecutó admirablemente algunas composiciones apropiadas al solemne acto.

El primer discurso estaba confiado al señor Vives, digno presidente del Círculo el cual empezó diciendo que al manifestar el señor Jefe regional su deseo de que en este año se celebrara en el día de San Carlos una velada necrológica en memoria del que fué nuestro augusto Caudillo, Don Carlos de Borbón, la Junta directiva del Círculo se asociaba con entusiasmo y cariño á tan feliz pensamiento. La selecta y numerosa concurrencia aquí congregada es una prueba del respeto y veneración con que rendimos tributo de alianza y admiración al que fué nuestro Jefe insigne, descendiente de cien reyes, y de que venimos amorosamente á entonar un himno de loor y alabanza al primer caballero de su época.

En grandilocuentes períodos hizo un estudio de la misión providencial que llevó á cabo Don Carlos, analizando su obra católica y española, y para reforzar esta afirmación irrefutable recordó algunos autógrafos del insigne Caudillo, en todos los cuales resplandece su fe y su amor á la Religión de Jesucristo, patentizándose que don Carlos fué ante todo, y sobre todo, un Rey católico, y recordando las fervorosas frases que aquel soberano ejemplar, descendiente de los Reyes Católicos y de San Luís, escribió para su última hora, declarándose católico siempre y en la confianza de poder exhalar su último aliento besando un Crucifijo y pidiendo al Redentor del mundo que aceptase su vida, como holocausto para la redención de España.

Terminó el señor Vives su vibrante y hermoso discurso pidiendo para el alma de Don Carlos, á quien suplicaba intercediera desde el Cielo para que el Altísimo derrame sus bendiciones sobre la gran familia carlista y su augusto Jefe Don Jaime.

Una ovación que duró largo rato coronó el brillante discurso del señor Vives.

También fué muy aplaudida una inspirada poesía de don Juan M. Roma titulada «¡El Rey ha muerto!...» Luego usó de la palabra el elocuente diputado por Vich, señor Junyent, presentando al invicto Caudillo bajo el punto de vista político.

Relata elocuentemente y á grandes rasgos los puntos más culminantes de la vida política de nuestro augusto caudillo. Su norma era firmeza en los principios, conciliación en lo acci-

Estudia la carta á los soberanos de Europa, en la que manifiesta dar á los españoles una Constitución definitiva y española.

Expone la firmeza con que rechazó los ofrecimientos de González Brabo y del Gobierno moderado.

Como dotes personales reunía los de natural clarividencia, inteligencia serena, penetración segura; á pesar de ellos sabía rendir su criterio elevado al de sus consejeros, como lo demostró en la cuestión Cabrera.

Cuando creyó que por designio de la Providencia debía encargarse de la dirección de los destinos de España publicó aquel inmortal documento, programa concreto y que resuelve completamente todos los problemas políticos, sociales y económicos; Manifiesto perenne conocido por carta al Infante don Alfonso.

Los restantes documentos que durante su vida emanaron de su augusta pluma, todos llevan el sello de aquel, en él se inspiraron y de él recibieron la vida.

Con un magnífico epílogo termina su discurso el señor Junyent, quien es ovacionado por el auditorio.

El quinteto da principio á la segunda parte con *Sansone é Dalila* de Saint-Saëns.

Seguidamente los señores Saigi y Viada y Lluch leen sentidas poesías originales alusivas al acto, siendo todos muy aplaudidos.

A continuación el general Martínez de Vallejos lee muy emocionado su discurso en el que presenta á don Carlos como militar.

Sigue paso á paso la vida del llorado Caudillo, desde su nacimiento en Laibach. Recuerda la entrega que del estandarte de la Generalísima le hizo su abuela María Teresa, el contento que en su ánimo produjo aquel acto y la religiosidad con que recibió, besándolo, aquel testigo de cien gloriosas victorias.

Continúa haciendo los trabajos realizados desde la abdicación de don Juan hasta la carta de Rada, orden de levantamiento al grito de «¡Abajo el extranjero! ¡Viva España!»

Fija la atención del auditorio en los principales hechos de armas, haciendo capítulo aparte del glorioso de Lácar.

Acabó el ilustre general exponiendo la pena inmensa que le produjo la muerte de Don Carlos, á quien dedicó un sentidísimo recuerdo, haciendo resaltar los grandes méritos que nuestro insigne caudillo conquistó en aras de la Religión y de la patria. Fué muy aplaudido.

Después de tocar la «Marche Hongroise» el quinteto, el señor Jefe regional da por terminado el acto, del que guardarán indeleble recuerdo todos los concurrentes que dedicaron elogios unánimes á los organizadores de tan importante velada necrológica.

A los manifestados por los asistentes añadimos los nuestros muy sinceros.

FOGONAZOS

Parece que los más conspicuos prohombres del partido liberal se negaron á tomar parte del primer Ministerio-Moret.

Huelen algo, y no es á queso.

Será que son listos, y no quieren sufrir los primeros sopapos de la opinión, que no ha de tardar quince días en maldecirles.

Moret no es un jefe.

Es el banderín de todas las concupiscencias.

Todos los apaches extranjeros han suspendido las manifestaciones, en obsequio al nuevo Gobierno.

¡Qué honra para la familia!

La familia liberal, se entiende.

En Zaragoza saludaron la subida de Moret con un petardo á la puerta de un convento.

Un petardo simbólico.

Un aviso á los frailes.

Que con Moret les ha caído el premio gordo.

Un colmo. Es decir, dos colmos.

Los republicanos de todos los matices aplaudiendo á Moret, en el Salón de Conferencias.

Los liberales monárquicos ovacionando al republicano Sol y Ortega, en los pasillos.

Lástima que el ex-gobernador Sr. Crespo pasase el lápiz rojo por mi sección *Políticas* de aquella semana.

Mis lectores hubiesen visto cómo era profeta.

Por más que ya nadie ignora la distancia que separa los liberales de los republicanos.

Ni el canto de un duro.

Dice *El País*:

«Maurá ha cometido dos verdaderos crímenes: la construcción de la escuadra y la guerra.»

¿Y Moret no los cometió igualmente, aplaudiendo y colaborando en ello?

El País es muy *salao*.

Lo que en unos es crimen, en otros es laudable.

¡Vaya un farsante!

En Melilla, donde brava y heroicamente se bate nuestro ejército, ha habido una horrenda protesta contra la subida de Moret.

Si, señores.

Han protestado... los elementos.

El mar ha levantado olas inmensas inundando las playas y causando males gravísimos.

El cielo abrió sus cataratas, convirtiendo los torrentes en ríos y los ríos en mares desbocados, arrasándolo todo y causándonos grandes destrozos.

Los vientos huracanados arrancando tiendas y tronchándolo todo á su paso.

Ya que los hombres no protestamos, protestan los elementos.

En un mitín que en Roma celebraron los ácratas y masones como protesta de la ejecución de Ferrer, se cometieron los siguientes desaguisados:

Un diputado socialista dijo que Ferrer, *sacerdote apóstata y excomulgado*, había sido sacrificado por sus ideas modernistas. (?)

Y un abogado que, como á tal, goza de gran fama en Roma, dijo que *el joven Ferrer había sido quemado en una hoguera* por los corifeos de la Inquisición española. (!)

Después de tanta gresca y tanto ruido, venimos á saber dos cosas:

1.^a Que en ninguna ciudad de Europa — más que en París cuatro vividores que le explotaban, — nadie conocía á Ferrer ni sabían que existiese.

2.^a Que si se llega á la absolución de Ferrer, los más contrariados hubieran sido los... que ahora han protestado.

Ferrer les importaba un comino.
Lo que les importaba era un motivo.
Y en Ferrer lo encontraron á maravilla.

REVOLUCIÓN

«Torpes yerros cometidos por personas hábiles; extravagancias dichas por personas de talento; crímenes perpetrados por gente honrada... he aquí las revoluciones.»

(Aparisi y Guíjarro.)

Estas son las palabras del soñador; meditémoslas, no sea que soñemos nosotros, como soñaban aquellos moderados á los que iban dirigidas, pues las predicciones del soñador se cumplieron. Los terribles presentimientos que embargaban de dolor su ánimo, cristalizaron á la perfección en las epilépticas convulsiones de la Revolución septembrina,

Tan cierto es que se han cumplido á la letra los elegíacos acentos vertidos en momentos supremos por hombres animados del espíritu de Dios, dirigidos á sociedades insensatas, como lo es que éstas, en el desenfreno de sus pasiones, han desoído estos lamentos y ridiculizado á sus autores.

Noé fué tachado de soñador por los hombres de su época; lo fueron los profetas, lo fué San Juan Bautista, lo fué después el Filósofo Rancio, nuestro gran Aparisi y hoy lo es el incomparable Mella. Pero... á los sueños de Noé sucedió un Diluvio, al clamor de los Profetas el cautiverio del pueblo de Israel, á los apóstrofes de Juan el exterminio de la nación judaica, á los clamorosos avisos de Alvarado un siglo de revueltas y contorsiones, á los ayes de Aparisi una Revolución soez y lo que es peor, que á estos ayes no les ha permitido aun el tiempo encontrar cumplida respuesta, pero que infaliblemente la obtendrán conforme á los sueños del que nosotros reputamos gran realista y vidente, el Sr. Mella. Digo infaliblemente; porque si bien al hombre le es dado, gracias á su libertad, eludir el cumplimiento de la ley, en cambio no puede alterar las leyes fatales, que rigen á ambos mundos: moral y material.

Dios es providente y por esta causa siempre que la humanidad ha estado grandemente descarriada por las sendas del error y del vicio, ha enviado, como mensajeros suyos, hombres de privilegiada inteligencia y corazón de fuego, que no han cesado de clamar y amonestar á la humanidad por su locura y desvarío. Y así, cuando una heregía funesta, hija de la más abyecta filosofía, ha tratado de invadir el mundo civilizado, ha enviado Dios como antorchas de luz, á eminentes Pontífices, que desde la Cátedra infalible han pronunciado palabras de sabiduría y amor y también de terribles amenazas.

No es extraño, pues, sino lo más natural, que nuestra España se haya visto favorecida de semejante merced, pero tampoco sería extraño, sino lo más natural, que, si desoyéramos las palabras de estos grandes apóstoles llamados Balmes, Donoso, Aparisi, Mella, sucediera á nosotros lo que á los pueblos que se mostraron ingratos á las bondades de la Providencia.

No soñemos, apodando soñadores á estos grandes hombres, no sea que despertamos de nuestro sueño en el preciso momento en que por la fatalidad del mismo y de los acontecimientos próximos, muy próximos, irremisiblemente tengamos que dormirnos en el sueño de la muerte y por cierto de una muerte no dulce ni apacible.

Apliquemos, pues, muy despiertos, todas nuestras potencias para examinar cuantas verdades, aunque amargas, encierran las lacónicas palabras del que fué eminente sociólogo porque era profundo filósofo y escrupuloso observador; palabras que no han perdido su importancia, porque los tiempos no han variado, sino solamente *acentuado*; pero obremos en consecuencia.

1.º Torpes yerros cometidos por personas hábiles:

a) *Eclecticismo*. — Consiste este monstruo en la indiferencia más glacial para con la verdad y el error. Esta indiferencia lleva inviscerada la concesión de derechos al error. Dar derechos al error — contradictorio con la verdad, es quitar el más preciable derecho propio de la verdad: el derecho de tener la exclusiva en los derechos. Quitar el primordial derecho á la verdad es tiranizarla, porque despótico es negar la realización del derecho á que lo posee. El eclecticismo, pues, en apariencia indiferente, es tirano de la verdad. Pero como la verdad necesita de órganos que le concreten, prediquen y le den cuerpo, aherrojar la verdad es aherrojar á estos órganos manifestativos de la misma. Y de ahí sale por dos orificios la Revolución: I) porque los hombres, cuya misión especial es pregonar la verdad, protestan de la conculcación del derecho; los heraldos del error provocan y contestan según costumbre: está entablada la lucha; la lucha no se aviene con el orden; cunde el desorden, esto es: la Revolución. II) El hombre, cuya conciencia en la práctica de la vida está dirigida ú orientada por el error, no puede dejar de ejecutar actos erróneos ó más propiamente malos. Además, así como la unidad de conciencia es hija de la verdad, que preside en el entendimiento, la variedad y contrariedad es hija del error, pero como los errores entre sí pueden ó deben contradecirse y de hecho se contradicen, forzadamente tendrán que contradecirse las acciones humanas sugeridas por una conciencia errónea. Consecuencia: diversidad de conciencias; contrariedad de actos morales. Consecuencia: desorden moral. A esta contrariedad unamos el orgullo humano, las pasiones y los explotadores de las pasiones y tenemos ya la Revolución.

b) *Preterición de la Religión*. — Ha sido elevada á la categoría de axioma la siguiente máxima política: Prescindir de la Religión, porque ésta divide. Dejando para mejor ocasión el considerar si une ó divide, fijémonos hoy en el «prescindir de la Religión.» Prescindir, como si fuese cosa de poca monta, de la Religión un partido político, (cuyo fin es la gobernación del Estado) es separar como dos entidades contrarias la Religión y la Política, es separar en la intención la Iglesia del Estado, es afirmar que el hombre público, en cuanto es público, no despende de Dios, ni tampoco el Gobierno. Ahora bien, desde el momento que se hace entender al pueblo que Dios y sus ordenanzas para nada deben intervenir en la autoridad política, ni en el Estado, se proclama, como consecuencia, el indiscutible derecho de la multitud de desobedecer todas las leyes, si á ella bien le parece, puesto que, quitando á la autoridad el *quid divinum* que encierra, ó bien ésta es una simple mandataria de los deseos de la plebe (y entonces la plebe es el patrono y la autoridad criado) ó es una entidad tiránica, que sin razón alguna pretende dominar á los mortales y entonces éstos tienen el derecho de destruirla, usando los medios que tenga á mano. Y negando toda intervención de Dios en la cosa pública, viene á afirmarse que la sociedad no debe regularse por las prescripciones del derecho natural, pues que siendo éste participación de la ley eterna, negándose práctica y teóricamente á Dios, tiene que negarse la reglamentación de Dios, que es la ley eterna. De lo que se deduce, que, negando al derecho la presidencia del Estado, éste forzadamente tiene que regirse conforme el capricho de los más listos. Mas como los caprichos ó concupiscencias de un hombre son enemigos de los de los demás, á los que ha impregnado de naturalismo, se desencadenan la ambición y las pasiones, se entarbia el mar social y el choque de encontrados intereses personales trae consigo la lucha sangrienta de los partidos, ó bien de las clases sociales. Y de ahí sale también la Revolución.

c) *Sumarse á los partidos liberales para influir en la cosa pública*. — Dicen algunos: desde la oposición no se puede gobernar; es preciso unirse al partido liberal-conservador para este fin, sin hacerse solidario de sus errores. Es lo mismo que si dijeran: el periódico católico no trae tantas noticias como el mal periódico; yo compro el malo, sin que por esto me haga solidario de sus manifestaciones. Ante todo, es inexacto que desde la oposición no se pueda gobernar, y más aun cuando se trata de Gobierno de humo y niebla, como los que se estilan en España. Precisamente hace casi un siglo que en España gobiernan las oposiciones. La mitad de los actos gubernamentales son debidos al miedo que inspira el partido carlista y la otra mitad al miedo á la Revolución. Y lo mismo digo de las acciones que de las omisiones. Ahí tenemos también el ejemplo del Centro católico alemán. Es, pues, una pura falacia, que divierte el estómago del interesado, pero que crucifica á una recta conciencia.

Los efectos de esta falacia son dos: dar vigor á una colectividad revolucionaria y desangrar al partido anti-revolucionario y por ambos lados este torpe yerro conduce á la Revolución. Veámoslo. I: Da vigor á una colectividad revolucionaria. El hombre que así se conduce, solo por abstracción de la razón queda católico, pero prácticamente labora por la Revolución. En efecto; se suscribirá á uno ó varios periódicos liberales ó eclécticos que, como hemos visto, elevan á la Revolución; dará su voto y pondrá su influencia en pro de hombres eclécticos. De lo que resultará, que podrá ser muy católico en sus adentros, pero que no parecerá en parte alguna políticamente su catolicismo. Su fin podrá no ser ayudar á los hombres, que con las libertades que

toleran, amparan á la Revolución, pero las obras que realizará objetivamente cederán á los intereses revolucionarios. Es como si se le pidieran unos reales para comprar explosivos y él los diera, diciendo en sus adentros: pero mi intención es que sirvan para una obra de caridad. La buena intención no destruiría la maldad objetiva. II: desangra el partido anti-revolucionario, es decir: quita, en cuanto de él depende, el mayor obstáculo á la Revolución; favorece á la Revolución negativamente; desarma al enemigo de la Revolución; conduce, pues, á la Revolución.

Sumarse, pues, á los partidos liberales con pretexto de poder intervenir en la cosa pública ¿no es laborar por la Revolución?

d) *Conducta de las clases opulentas*. — Torpe yerro el de nuestros ricachos. Muy hábiles serían en cuanto al desarrollo de sus riquezas, si tuvieran un gramo de sentido común. Su avaricia es la postre es prodigalidad, á la par que el desinterés sería racional avaricia. Avaros en dar un céntimo para buenas escuelas y periódicos, pero pródigos, pues su avaricia es la causa negativa de que vayan creciendo los que mañana destruirán todo cuanto poseen, si no acaban con su sangre. Decidme, si no es prójigo, pero prójigo tonto, el que con afán día tras día amontona peseta sobre peseta, para que sea arrebaado el fruto de su delirio en unas pocas horas. La habilidad de nuestros ricos se parece á la de aquel loco propietario que, por querer ahorrarse el coste de una viga, vino el huracán y arrasó la casa entera por falta de solidez. ¿Tendría derecho á quejarse ese pobre diablo? Creo yo que tras el huracán de viento, sería muy razonable que cayera sobre sus espaldas un huracán de palos. ¿A quén debe imputarse sino á él, el derrumbamiento del edificio? Es cierto que á no venir el huracán, no hubiese acontecido la catástrofe, pero no es menos cierto que un día ú otro tenía que soplar el vendabal, como lo es que ningún daño hubiese ocasionado á estar una buena viga en su lugar. Es, pues, concausa de la catástrofe, como lo son nuestros ricos, que llevados de su mezquindad, no sueltan el poco dinero que valdrían las dos vigas que tienen que sostener el peso del edificio social: la escuela y el periódico. Su proceder, pues, conduce á la Revolución. Hombres nefastos corrompen el pueblo y ellos, viéndolo, están impasibles, no se oponen. Y no oponerse CONTRA, señores ricos, es ponerse *pro*. Vuestra desatentada conducta lleva á la Revolución.

2.º Extravagancias dichas por personas de talento

Parecerá increíble, que simples extravagancias engendren revoluciones; por eso hay que advertir que la Revolución viene más de la persona de talento, que dice la extravagancia que no de la extravagancia dicha. Es que la persona de talento trae en pos de sí muchos discípulos que, seducidos por sus privilegiadas dotes, carecen de aquella serenidad intelectual indispensable para la crítica. Y esta extravagancia salida de la boca del maestro llega á las más bajas capas sociales, sirviendo de conductor la obcecación de los discípulos. Hay que advertir, que ese fanatismo se encuentra como en su natural puesto en aquellos hombres que han echado de sí por bochornoso yugo, la luz de la fe. Y la razón es obvia: el hombre de fe encuentra, cuando menos en el dogma, la piedra de toque con que apreciar la verdad ó inexactitud de multitud de doctrinas, mientras que el racionalista, no teniendo otra norma que la endeble luz de su razón, si ésta se halla atraída y sojuzgada por la presión moral que siempre ejerce un gran talento, forzadamente ha de ser uno de tantos serviles borregos que indefectiblemente forman la corte de los pontífices laicos. He aquí porque tales extravagancias pueden producir revoluciones.

Una de tales extravagancias es aquella: «el pensamiento no delinque» Decir el Sr. Maura tal necesidad es decir la servil mayoría, afirmar la multitud de periódicos. Pronunciar el Sr. Maura tales palabras es pronunciarlas la mayoría, es grabarlas en las leyes, es señalar la regla á que deben ajustarse los que ejercen el mando y administran la justicia. Pero como sacar las consecuencias de esa extravagancia, después de haberlas sacado á maravilla Ferrer y sus compañeros ante todo el mundo, sería perder tiempo y papel, me contentaré con remitir á los lectores á aquel libro, tinto en sangre y cenizas, que se llama «Semana Trágica».

Otra extravagancia es la en nuestros días propalada: «fuera radicalismos» hermana de aquella otra: «ya ha pasado el tiempo de hacer pública manifestación de la fe; ya no tienen razón de ser los mártires y confesores» y son hermanas por una razón muy natural: son hijas de un mismo padre: el eclecticismo. Estas máximas, pues, encerrarán el mismo virus revolucionario que el que se ha demostrado encierra el eclecticismo. Pero si se atiende á que, cuando se dice «fuera radicalismos» se alude directamente al radicalismo católico, subirán de punto las consecuencias perversas de tal extravagancia, porque tiende á que los católicos sean *prudentes*, cuando la Revolución se ceba en la misma Hostia; sabiendo que, si fuesen *imprudentes y radicales*, como han demostrado los hechos, la Revolución que, con ser muy cruel y nihilista, es aun mucho más cobarde, no intentaría siquiera salir de sus guaridas. De modo, que en realidad, hablando claro como acostumbramos, la consecuencia directa de tales máximas es: *quitar un estorbo á la Revolución; pretender que los católicos aflojen, cuando los sectarios atacan con más furia y armas más innobles.*

(Acabará)

DOCTOR VÉRITAS



“LAS DAMAS ROJAS”

—El «Caudillo» llegó
—Ya era hora.
—Viene rico, muy rico.
—Mejor.

—¿Bailará con nosotras?
—Seguro,
sí ofrecémosle un «VINO DE HONOR».